

te Su Eminencia el cardenal Alberoni no tiene el derecho de comunicarse con nadie ni de escribir á nadie, ni aun á Sus Majestades.

—¿Os aprisionan, entonces?—preguntó Felipe.

—No, amigo mío; me echan. Me conceden veinticuatro horas para salir de Madrid, y quince días para salir de España. ¿Vendréis á verme á Parma?

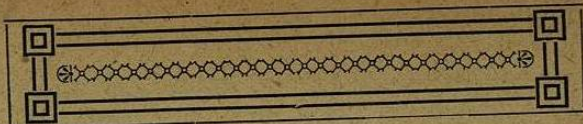
Gonzaga reflexionó un momento.

—Lo dudo—respondió. Y sin tender la mano al que hasta entonces había sido su amigo, salió.

Es un talento como otro cualquiera el de saber deshacerse á tiempo de las amistades comprometedoras. «El favor—dijo Labruyère—pone al hombre por encima de sus iguales, y la desgracia por debajo.» Si Alberoni hubiera tenido en presencia del Oficial un movimiento de rebelión, quizás le hubiera sostenido Gonzaga; pero lloró: luego se consideraba vencido.

—¡Es hombre al agua!—pensó.—¡Vámonos! Y salió; una vez fuera sonrió diciéndose:

—¡Perdí el alfil! ¡Juguemos el Rey! ¡Aún puedo ganar la partida!



XIII

El testamento.

Teniendo cerradas las puertas de Francia mientras viviera el Regente, y tal vez después también, Felipe de Mantua tenía el mayor interés en conservar la libre permanencia en España, y con la influencia más grande que pudiera. Á la sombra de Alberoni, que le favorecía, contó con escalar los primeros puestos del favor.

Los desórdenes de la corte, la debilidad del Rey, el poderío del Ministro, que dominaba el ánimo de la Reina, le habían permitido esperar.

Maniobró tan hábilmente, que Alberoni, contra su invariable costumbre de no dejar acercarse á ningún italiano á la Soberana, le presentó á Isabel de Farnesio, lo que le permitió imponerse á la Nobleza española, que no le miraban con bue-

nos ojos. Á la sazón aquel coloso de barro se había desplomado, y el ruido de su caída alegraba á todos, celosos del favor de aquel extranjero.

Gonzaga resolvió darle el golpe de gracia, la coz del asno. Alberoni solicitó salir del Reino por Guipúzcoa, y le obligaron á ir por Cataluña, cuya rebelión había castigado cruelmente, y donde era execrado. Y mientras era atacado, humillado y vejado en su viaje hacia la frontera, alguien trabajaba en Madrid para consumir su pérdida.

Al día siguiente de su salida de la corte, Felipe de Mantua solicitaba audiencia de la Reina. Cuando había necesidad de tratar cuestiones graves dirigíanse todos á la Soberana, que era el alma de las intrigas. Fué, pues, un sofión para Gonzaga que le enviasen á ver al Rey en vez de ver á Isabel, que era á la que quería hablar. Era mostrar el poco caso que le hacían.

Se picó, y, en efecto, solicitó la audiencia del Monarca, manifestando que poseía un secreto de Estado del cual dependía su corona; dijo que deseaba manifestárselo á él solo, y que si le enviaban á comunicárselo á la Reina, saldría inmediatamente de España, lamentando las consecuencias que la negativa pudiera tener.

Felipe V no sabía resolver nada por sí solo.

Acostumbrado á consultarlo todo con la princesa de los Ursinos primero, y luego con Isabel Farnesio, comunicó á su esposa el caso, y poco faltó para que esta no desterrase también del reino al Príncipe.

Pero la audacia le valió. La Reina gustaba de hallar resistencias para vencerlas, y pasado el primer momento, resolvió que le recibirían los dos juntos. Sus Majestades Católicas le recibieron, pues, en la sala del Trono.

—¿Es vuestra calidad de italiano—preguntó agresivamente en cuanto hubo sido saludada—lo que invocáis para obligarnos á recibirlos?

—Si creí de mi deber servir á Vuestras Majestades cuando estaba en Francia, es más natural aún que sirva ahora á los soberanos que tan bien acogieron á la víctima de las intrigas de los cortesanos del Regente. Mi nacionalidad no significa nada. El agradecimiento me impulsa á mirar por los intereses del que he reconocido por mi soberano, y que me es tan caro como al que más de sus súbditos.

Y levantó con afectación de dignidad la cabeza, con la intención de estudiar en el rostro de Isabel el efecto de sus palabras. Satisfecho de examen, prosiguió:

—Al poner el pie en tierra española no tenía otra cosa que ofreceros que mi espada, y la he

desnudado para batirme contra mis amigos de ayer, que se habían hecho enemigos de Vuestra Majestad.

—¿Y pedís una recompensa?

—Sí, señor.

—Dignaos decídnos cuál.

—La autorización de ser útil á Vuestra Majestad, si no es ya demasiado tarde. Hace dos días quise hacerlo, y no me lo permitieron.

Arrugó el ceño la Reina ante el nuevo ataque; pero Gonzaga no se dió por advertido. Se creía bastante fuerte para probar que habían hecho mal en desdeñar sus servicios y que tendrían que darle las gracias.

—¿Cómo habéis llegado á conocer ese secreto de Estado?

—Por casualidad, señor.

—La casualidad á que aludís—interrumpió Isabel—¿no se llama Alberoni?

—Puede ser, señora, si Vuestra Majestad quiere significar con ello que me ha servido esta vez con el Cardenal.

—Sin embargo, erais su amigo.

—Dejé de serlo en el instante en que vi que no era digno de la confianza de Vuestras Majestades. Quizás se me acuse de traidor á la amistad; pero obedezco á mi deber, y mi conciencia está tranquila. Cada minuto que transcurre qui-

ta importancia al secreto. Si Vuestra Majestad no tiene confianza en mí, aún es tiempo de retirarme, pues sólo la confianza de Vuestra Majestad puede decidirme á mí, que anteayer era todavía amigo de Alberoni, á acusar hoy al ex-primer ministro.

—Hablad; os lo permito, os lo mando—dijo Felipe V.

El Príncipe se pasó la mano por la frente con el ademán del que va á librarse de un peso grave para su conciencia y dijo lentamente:

—¿Sabe Vuestra Majestad dónde está ahora el testamento de Carlos II?

Fué como un rayo. Los Monarcas se miraron con inquietud.

—Está en mis habitaciones—repuso Isabel,—en un secreter cuya llave llevo conmigo.

—El secreter estará en su puesto—dijo Felipe de Mantua con tono de seguridad;—pero el testamento es evidente que no está.

—¿Y vos sabéis dónde se halla?

—Alberoni lo lleva. Ése era el secreto que quise comunicar á Vuestras Majestades hace dos días.

La Reina estaba pálida. Fué por sí misma á comprobar el hecho, y volvió más pálida aún.

—Tenéis razón, caballero. Hemos hecho mal en no recibiros hace dos días.

Gonzaga estaba satisfecho y ufano, saboreando su victoria y el buen éxito de su infamia.

Felipe V, trastornado, llamó y dió las órdenes oportunas. Varios gentiles hombres dispusieron-se á partir para alcanzar al Cardenal y apoderarse de todos sus papeles.

—¿Y él?—preguntó el jefe de la expedición, á quien no hubiera desagradado aprisionar al Cardenal y sepultarle en alguna mazmorra.

—Los papeles nada más—ordenó el Rey;—en cuanto á él, que se vaya con mil diablos.

Era la solución más razonable para evitar complicaciones con el Papa, y quizás con el Emperador. Por una vez Felipe V fué prudente.

Gonzaga examinaba todos los semblantes para tratar de leer en ellos la aprobación de su conducta. Si se hubiera tratado de cualquier otro que del aborrecido Alberoni, ninguno de aquellos aristócratas le hubiese mirado á la cara por su traición.

El Rey le tendió la mano.

—¡Gracias caballero!—le dijo.—Nos acordaremos del servicio que nos habéis hecho, y esperamos veros en Palacio todos los días. No olvidéis que tendremos el mayor placer en concederos alguna gracia.

—Tal vez, señor, tenga que pedir justicia contra los enemigos que me asedian aun dentro

de los dominios de Vuestra Majestad, y protección contra una dama de quien soy natural tutor.

—Se os acordará la justicia, y vuestra protegida obtendrá nuestro favor—dijo Isabel de Farnesio.

El Príncipe salió de la regia mansión con la frente alta, seguro ya, no sólo de que obtendría carta blanca contra Lagardère, sino también de que su estrella, que había palidecido en los últimos días, iba á recobrar su antiguo esplendor.

Alberoni fué alcanzado á pocas leguas de la frontera, y le arrebataron el precioso manuscrito, que intentó defender hasta con las armas en la mano. De pronto se acordó de la confidencia hecha á Gonzaga; una sonrisa amarga plegó sus labios, y pensó:

—¡He sido un niño! Hubiera debido recordar que un vencido no tiene amigos. Yo tengo la culpa si Gonzaga se ha servido de mí como de un instrumento. Pero ya tendré mi desquite.

Pocos días después aquel hombre enviaba al Regente una memoria suministrándole los medios de reducir á España, y la historia nos dice que Felipe de Orleans la quemó sin leerla, evitando así á Francia la vergüenza de deber algo á la infamia del Cardenal.

En cuanto Felipe V recobró la posesión del famoso pergamino, Gonzaga ocupó un puesto

en la primera fila de sus cortesanos, de lo cual se aprovechó para solicitar la cabeza de Lagardère, á quien acusó de todos los crímenes que él mismo había cometido. Pero sus mentiras fueron vanas. Ya no quedaban á su lado más que el barón de Batz y La Vallade; ignoraba dónde se hallaba el caballero, y qué había sido de Aurora de Nevers y de doña Cruz.

¿De qué le servía haber jugado el Rey y ganado la partida, según sus propias expresiones, si era demasiado tarde y había perdido los «rehenes vivientes» por los cuales hacía tiempo luchaba? Al orgullo de su triunfo sucedió una cruel inquietud.

Sin darse cuenta de la causa que mantenía alejados de él á sus *enrodados*, temió una defecación, y por ello experimentó inmenso júbilo cuando sus mensajeros volvieron á decirle que los cuatro se encontraban en Guipúzcoa y sobre la pista de Lagardère. Una carta de Montaubert le explicaba sus infructuosas idas y venidas á través de Aragón, Navarra y Castilla la Vieja, dándole cuenta del último encuentro en Pancorbo y de sus resultados. Los pícaros habían seguido los consejos de Oriol y sacado partido de las circunstancias. El Príncipe no pensaba hacerles reproche alguno, puesto que le permanecían fieles; al contrario, estaba agradecido.

Quizás Peyrolles hubiera visto con mayor claridad; pero Felipe de Mantua, que no podía concebir ser juguete de nadie, aceptó las explicaciones como oro de ley. Una sola cosa le inquietaba: en la misiva no se mencionaba ni se aludía á Aurora de Nevers.

—Si no la han visto con Lagardère, es que no ha podido reunirse aún con él y nada se ha perdido todavía, pues sin él, no habrá vuelto á Francia. En cuanto la recobre la llevaré tan lejos en el seno de España, que nadie podrá descubrir su paradero. En cuanto á Lagardère, le arrastraré también hacia el Sur, le aislaré, y acabaré con él para siempre.

El plan era sencillo: no faltaba más que poder realizarlo. Y para un hombre como él todo debía suceder como lo proyectaba. El proverbio vulgar «el hombre propone y Dios dispone» no rezaba con él. No se acordaba ya del fracaso que había causado su destierro, y el nuevo favor de que gozaba le trastornó hasta el punto de creerse omnipotente.

Entretanto Peyrolles se desesperaba en Burgos por el silencio de su amo, creyendo que éste le abandonaba enojado por la desaparición de Aurora de Nevers.

—Ya no tengo nada que hacer en Madrid—dijose al fin el Príncipe,—y quizás mi presencia

sea útil en Guipúzcoa. De paso cogeré á Peyrolles, y si en realidad Lagardère no ha pasado la frontera con su novia, no daría un ducado por su piel dentro de quince días.

Lo que no le impidió aceptar la escolta de veinticinco soldados que el Rey le concedió para ayudarle á agujerear aquella piel que tanto desdénaba en sus palabras, pero que en el fondo de su corazón siempre temía. Por eso solicitó del Monarca tal ayuda.

—Son cuatro—pensaba, porque ignoraba la presencia de Antonio:—Lagardère y Chaverny, Cocardasse y Passepoil. Cuando me haya reunido con los míos seremos doble número, sin contar los soldados que llevo y que nos servirán de escudo. Para ellos habrá más coscorrones que bollos.

Si ellos hubieran sabido adónde los llevaban, tal vez habrían declinado el honor, no obstante ser el Rey quien los enviaba, ó, por lo menos, librándose de Gonzaga en cualquier despoblado.



XIV

La intrusa.

Ni Mabel ni Mariquita podían separarse de Lagardère en el estado en que se encontraba, sobre que la presencia de los *enrodados* en las inmediaciones exigía una vigilancia activa y precauciones incesantes para que no descubrieran su retiro. Decidieron, pues, no moverse del lado del herido.

—Lo malo es—dijo la joven—que permaneciendo aquí arriesgamos perder por mucho tiempo la pista de la señorita de Nevers, que acaso no esté lejos. Los novios, en vez de reunirse, se separaron de nuevo, quién sabe por cuántos días ó por cuántos meses.

—Escucha, hija mía—dijo Mabel tras larga y madura reflexión:—no podemos perder á éste en tanto que vamos á la busca de la otra. Más vale pájaro en mano... conservemos lo que tenemos, y que otros busquen por nosotros.